

El poder de un dotado: La navaja.

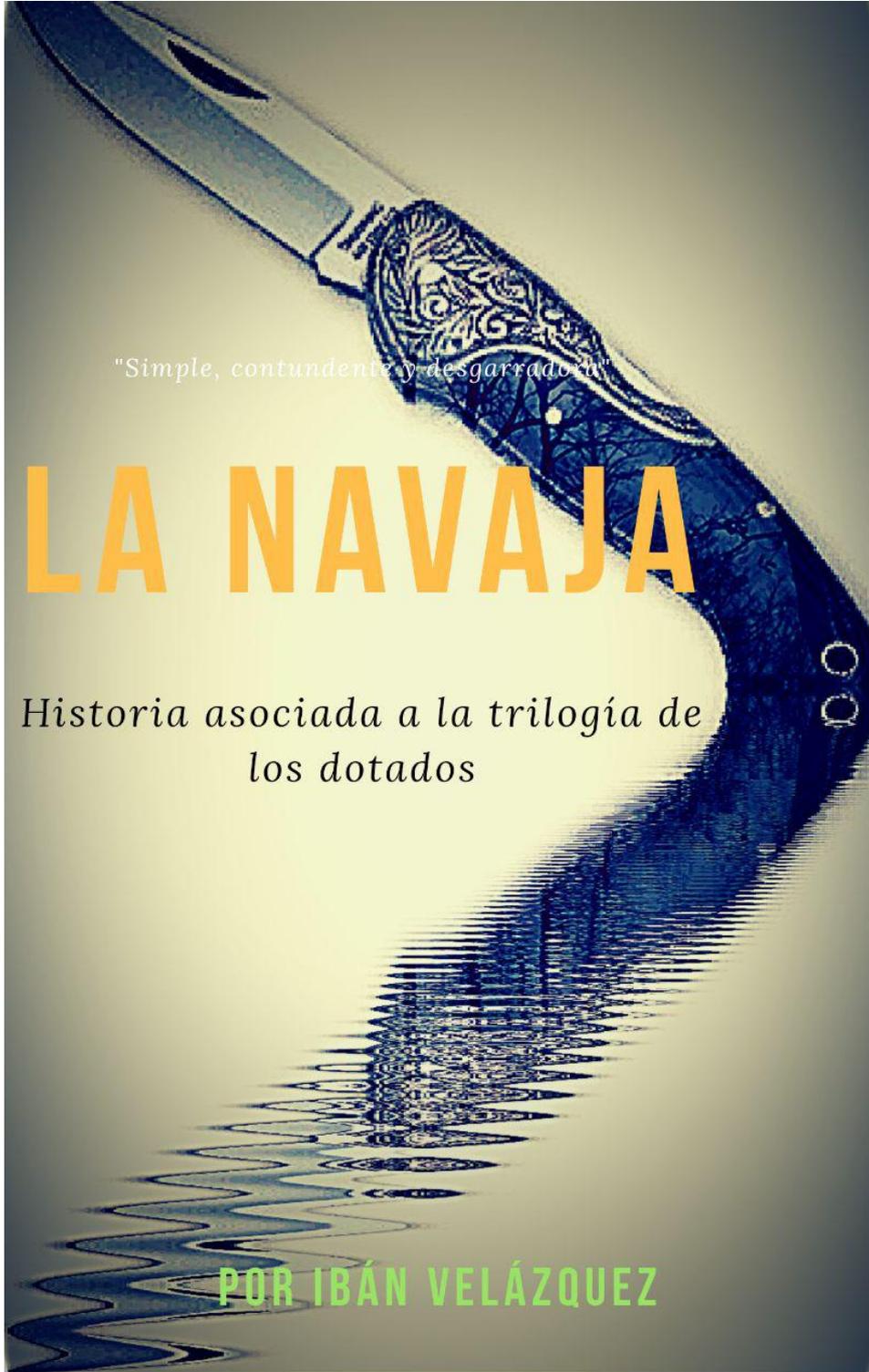
Ibán J. Velázquez

"Simple, contundente y desgarradora"

LA NAVAJA

*Historia asociada a la trilogía de
los dotados*

POR IBÁN VELÁZQUEZ



Capítulo 1

La puerta de la cabaña estaba completamente reventada. La madera descansaba a un metro y medio de donde debería estar sujeta y toda su superficie parecía estar lamida por las llamas.

Los árboles se agolpaban en hileras dispares que rodeaban la construcción, ajenos a lo que pasaba dentro. Una ardilla yacía muerta, con el cuello partido y completamente carbonizada a unos metros del jeep rojo aparcado frente a la casa.

Una corpulenta figura vestida completamente de negro avanzaba por el dormitorio principal. El rechinar de los cristales bajo sus pies era tan inquietante, para los habitantes del bosque, que guardaban un respetuoso e innatural silencio a su paso.

El extraño tenía el pelo muy corto, con una extensa cicatriz, apenas visible, que bajaba desde su mejilla, hasta perderse por debajo de su casaca de cuero negra, forrada de lana, como la de un aviador. Lucía una insignia dorada en su hombro izquierdo y sus guantes gemían con cada flexión de sus dedos. Su reflejo partido le miraba desde el sinfonier, mostrando una actitud de orgullo. Sonrió antes de agacharse.

Sus dedos encontraron un pequeño cuaderno amarillo manchado de sangre en una de sus esquinas. El candado de color plata que guardaba sus páginas adquirió un tono rojizo bajo el contacto de uno de sus pulgares.

Se oyó un estrepitoso "CLANK" al caer al suelo.

Unos dedos finos y alargados pasaron las hojas de la libreta, buscando la primera página.

El hombre, de unos cuarenta años, escupió al suelo y observó el cuerpo ennegrecido del chico que había matado minutos antes. Lo apartó de la cama, con ambas manos, hasta que cayó encima del cuerpo de una chica rubia, vestida de blanco. Su cadáver estaba desnudo y aún caliente.

Lo había pasado bien.

El extraño se sentó en la cama y comenzó la lectura:

«El día que recuerdo con más cariño fue cuando la navaja de mi padre entró en mi vida.

»No sé quién leerá esto, pero necesito dejar constancia de todo lo que me ha llevado al punto de ser un fugitivo. He vivido con miedo, todos y cada

uno de los años de mi vida. Espero que el hecho de escribir tenga algún efecto sanador en mí, porque lo necesito. El papel es uno de los inventos milagrosos que no conocíamos en el lugar de donde yo provengo.

»Aclaro, ¡no soy humano!, y puede que leer esto os ponga en peligro. Tengo que avisaros antes de que continúeis leyendo

»Mi vida ha pasado demasiado deprisa huyendo de ellos, huyendo de la tenebrosa Ciudadela Aúriga: un gran complejo que los humanos, con toda su tecnología, no han podido descubrir. Mi raza ha invadido vuestra civilización con multitud de raíces, que se internan en todos los estamentos de poder de cada ciudad o aglomeración humana. La "Ciudadela" es un gran cilindro oculto bajo tierra, dividido en más de veinte sectores llamados "hogares", donde una raza de seres tan poderosos como limitados viven, crecen y son esclavizados. Mi familia y yo no habíamos visto en toda nuestra vida la luz del sol hasta que escapamos. Ni siquiera sabíamos qué era eso tan luminoso que nos cegaba y maravillaba a partes iguales.

»Los Exteriores lo llamaron "el incidente"; eso fue lo que nos liberó. Nunca nos informamos demasiado sobre qué ocurrió, pero una ciudad entera desapareció provocando una gran inundación que penetró por cada centímetro de la estructura de nuestra ciudad, desplomando techos y suelos, barriendo con su fuerza a los soldados que nos mantenían presos. El terremoto anterior a eso fue intenso y nos puso a todos sobre alerta. Las cavernas que unían los grandes espacios (como el mercado con el cilindro central) fueron las primeras en desplomarse y tragarse a quienes no corrieron lo suficiente. Los incendios se sucedieron y en ese caos pudimos aprovechar para hacernos con un "platma". La tecnología de la "Ciudadela" nunca me había interesado demasiado, pero esos círculos de metal que aprovechaban el poder latente de cada "dotado" eran "harina de otro costal". Con eso podríamos volar, y lo hicimos. Cogimos uno, lo suficientemente grande para llevarnos a los tres. Mis padres discutieron antes de ver a los soldados correr hacia nosotros y, detrás de ellos, una gran columna de agua que avanzaba con rabia hacia nosotros.

»Toda la ciudad era una gigantesca "trampa" que atrapó a cientos de los nuestros; nosotros, a duras penas escapamos. Fuimos perseguidos por las "potestades" hasta las mismas compuertas del "nivel primero", que no lograron cerrar a tiempo. Hasta entonces, había sido imposible escapar de la "Ciudadela".

»No fuimos los únicos en atravesar esas compuertas hacia la libertad, pero creo que la mayoría cayó bajo el ataque, coordinado del cuerpo de asesinos de la "Ciudadela", las "potestades". Su única misión es cazar a todos aquellos que representan un peligro para los "nuestros". Se basan en antiguos mitos y profecías, en las que nadie ya cree para poder justificar sus acciones. Los rastreadores de cada patrulla son temibles,

nadie puede escapar de ellos, solo la distancia puede concederte un respiro para poder estar seguro de no estar bajo su radar.

»El primer amanecer fue algo que nunca olvidaré. Aún hoy en día miro al Sol y recuerdo las dos semanas posteriores que pasé viendo una mancha negra y redondeada en el centro de mi visión. Tuve suerte de no haberme quemado la retina. Huimos (y creo que yo aún lo sigo haciendo). Cada vez que voy al pueblo me pregunto quién habrá pasado por allí. ¿Me seguirán buscando?

»Mi familia está muerta y yo, solo.

»Las primeras semanas solo pudimos alejarnos de las patrullas de asesinos durante una semana a lo sumo; supongo que algún espía nos delataba, y teníamos que volver a correr a escondernos como ratas para que no nos encontraran.

»Las grandes ciudades nunca fueron un destino factible. Las montañas y los bosques eran seguros, así como las pequeñas localidades donde podríamos controlar a la gente nueva que llegaba. Ahí era donde intentábamos encontrar un hogar, pero no ha sido fácil integrarnos. Aprender su cultura, costumbres y limitaciones fue frustrante. Incluso en algunos lugares los propios vecinos fueron los enemigos de los que finalmente tuvimos que escapar. ¿Cómo se le ocurría al envalentonado de turno intentar golpear a mi padre con una botella de cristal? ¡Está claro que no piensan con claridad! Pero aunque fuera por defendernos, eso nos ponía en peligro. Debíamos siempre mantener una distancia de algunos kilómetros con cualquier extraño y, a menudo, eso no era suficiente.

»Durante todo ese tiempo, la navaja de mi padre fue de gran utilidad. Para mí aún resulta extraño pensar que era como parte de la familia, pero era así: abría nuestras latas, las botellas que comprábamos e incluso nos servía de diversión. Recuerdo algunos ratos en los que mi padre, Claudio, me enseñó a lanzarla contra un árbol. Era un gran divertimento para mí intentar conseguirlo a una distancia diferente cada vez.

»Dos meses después de la huida estábamos por las "Hoces del Gabriel", cerca de donde escapamos. Claudio pensó que sería un lugar más seguro, allí no nos buscarían. Estábamos en plena montaña, ocultos por la maleza en un pequeño claro rodeado de piedras graníticas. Yo había cazado mi primera liebre con la navaja de mi padre. Mientras me enseñaban a pelarla y a abrirla aparecieron las tripas del animal y sentí náuseas, tuve que cederle el privilegio de continuar a mi padre, el cual le cortó la cabeza de un solo tajo. Mi madre había hecho un pequeño fuego que alimentaba con las ramas que había alrededor, preparando el momento en el que asaríamos el animal. Aunque era repugnante no podía dejar de mirar aquel filo hundiéndose en la carne. Miraba perplejo el metal, que parecía llamarme. Cuanto más me fijaba, más atrapada quedaba mi consciencia.

Una sensación de familiaridad se adueñó de mí con brutal intensidad, que hizo que quedara rígido en la oscuridad. El mango de marfil blanco y negro; la hoja brillante y ensangrentada; el engranaje que permitía que la hoja se escondiese... Todo parecía algo hinóptico y absorbente.

»Mi padre se dio cuenta y me miró a los ojos sonriendo: "—Hijo, ¿quieres continuar tú de nuevo?"

»Apenas escuché sus palabras, alargué la mano, toqué el filo de la hoja y algo cambió en mí: pude ver toda la estructura microscópica de la navaja, percibir hasta la más mínima imperfección de su mango de marfil y de su filo dorado, como si formasen parte de mi cuerpo. Me corté, chillé y, de un manotazo, lancé el utensilio lejos de nosotros, cortando la hipnótica conexión.

»La luna estaba en lo alto, iluminando nuestras siluetas en aquella fría noche de invierno. Había muchos matorrales alrededor, iba a ser casi imposible encontrarla. Me sentí triste y exhausto; como si fuera un juguete con las baterías casi descargadas, me costaba moverme y hasta incluso respirar.

»En ese momento, papá se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Juan, estoy orgulloso de ti. ¡Mi niño ya es todo un hombre! Nunca pensé que la "imprimación" ocurriera tan pronto, y menos a tu edad. Estarás confuso, hijo, y sentirás que te faltan las fuerzas. Es normal las primeras veces. Ten cuidado, relájate; el poder tiene la mala costumbre de agotar el calor de tu cuerpo. Si eso te controla, puedes incluso morir por una hipotermia o algo peor. —Mi padre aferró mi hombro mientras sus mejillas sonrosadas se estiraron mostrando una genuina sonrisa en su rostro. Hacía mucho tiempo que no la veía.

—Papá, ¿ya he conseguido mi poder? —dije sin poder creérmelo. Años deseándolo y pensando que era un apestado que jamás desarrollaría habilidad alguna y ahora, de la nada, acababa de ocurrir.

—Sí, hijo. Ya eres uno de nosotros. —Su voz me tranquilizó. Cerré los ojos y empecé a percatarme de que la temperatura de mi cuerpo bajaba y sentía mucho frío. Mi piel notó la brisa del viento, escuché el crujido de los árboles y el zarandeo de las hojas. Veía todo esto con claridad en mi mente, pero con los ojos cerrados. Lo que rodeaba a la navaja de mi padre brillaba con fuerza en mi cabeza. Escuche unos pasos entre unas matas, mi vista se amplió, vi más navajas que estaban tras un pequeño montículo de tierra, en el cinto de unos cazadores que iban con perros. ¡Nos habían encontrado! Salí del trance, y miré a mi padre.

—¡Papá, están aquí, nos han encontrado!

»Mi advertencia no llegó a tiempo. De detrás del montículo aparecieron cinco hombres vestidos de cazadores. Sus disfraces eran pésimos; en la solapa de sus hombros brillaban las insignias doradas de las "potestades" y en sus rostros lucían una dentadura amenazadora. Estaban saboreando ese preciso momento de la caza, cuando acorralaban a sus presas; lo veía todo en sus ojos. Los perros no suponían una amenaza real, es más, los soltaron antes de salir de detrás del montículo, atentos a nosotros. Se desplegaron formando un cinturón que avanzaba con pasos decididos hacia nuestro improvisado campamento.

»Mi madre se enderezó, dejando caer las ramas con las que estaba manteniendo la hoguera. Miró hacia delante y se lanzó como un guepardo sobre dos de ellos, los más cercanos. Tocó sus caras con la punta de sus dedos y antes de que pudieran reaccionar, empezaron a arder. El olor de la carne quemada se expandió rápido por el improvisado campo de batalla, al igual que sus gritos de dolor, más parecidos a los quejidos desesperados de una gacela que se hubiera quedado ciega.

Los dos soldados acabaron en el suelo, revolviéndose mientras las manos de mi madre aún agarraban sus caras como si fueran tenazas de acero. Agachada, rotó sobre sus talones y retiró las manos humeantes de los soldados abatidos para colocarlas en el suelo, tocando las hojas que se extendían como un sendero desde donde estaba ella a los siguientes dos soldados, que ya estaban concentrando poder en sus brazos. Las hojas prendieron con rapidez y una columna de fuego se dividió en dos alcanzando a esos dos soldados, alzándose del suelo como si tuviera inteligencia y rodeando a los soldados. Sus ropas prendieron al mismo tiempo que su carne. Fue increíble ver la velocidad con la que cayeron soldados tan preparados ante mi madre; todavía hoy me siento orgulloso de lo que fue capaz de hacer.

»Mi padre no estuvo quieto: como si estuvieran unidos por algún vínculo telepático, "llamó al viento", empujó sus manos hacia delante y una potente ola gaseosa golpeó a los dos soldados que estaban ardiendo. Se desequilibraron y cayeron al suelo, golpeándose la cabeza con fuerza contra sendas piedras del abrupto terreno. Yo estaba petrificado, solo recuerdo como mi padre me cogió en brazos y corrió.

—¡Vámonos, Sofía! —gritó a mi madre.

No nos dio tiempo a llegar muy lejos. El quinto hombre era un "élite", no teníamos ninguna posibilidad de salir vivos de allí, y mis padres lo sabían. Todas las patrullas de "potestades" contaban con uno.

Mis padres estaban al límite, por eso actuaron rápido y con contundencia..., la temperatura de sus cuerpos había bajado mucho, si

seguían así podrían morir congelados. El "élite", sin embargo, era capaz de absorber energía del ambiente, eso les proporcionaba una capacidad mortífera de combate.

Mi madre cayó con los labios agrietados y de su cuerpo brotó sangre como si miles de agujas diminutas hubieran atravesado toda su piel. No creo que jamás se borre de mi mente la última mirada de ella antes de caer a plomo al suelo, mi padre continuó corriendo conmigo en brazos. Una pared de tierra apareció de la nada. Nos golpeamos con fuerza contra ella cayendo al suelo. El "élite", el único en pie de los cinco hombre, se acercó a nosotros mirándonos con una sonrisa de esas que erizan todo el vello de tu piel, sin saber el motivo. El hombre movió sus manos. Dos grandes surcos de tierra se impulsaron hacia nosotros atravesando la tierra como si fueran cuchillos.. Al llegar a unos metros de mi padre saltaron en forma de pequeños 'aguijones' hechos de tierra, afilados y muy numerosos.

Desde el suelo, mi progenitor abrió mucho los ojos y lo movió de forma imperceptible: una pequeña corriente, fuerte y centrada en las miles de agujas, las envolvieron desviándolas como si de existiese una honda imaginaria que las hubiese atrapado y las devolviese sin más a su dueño. La mayoría llegaron a su objetivo convertidas en simple tierra, excepto una que se clavó en el hombro del 'quinto hombre'.

Vi su sangre brotar de su hombro mientras su sonrisa era sustituida por una mueca de esas que tienes de pequeño cuando un dolor es insoportable. Eso me permitió tranquilizarme. Había oído a mi madre hablar sobre el control de su habilidad. El fuego, ella lo visualizaba como algo vivo que desplazaba a voluntad, empujándolo como si fuera una piedra que hubiera lanzado hacia su objetivo. Imaginaba con precisión desde donde y hasta donde tenía que llevar el calor. Era una forma poco sutil, pero efectiva de control. Intenté hacer lo mismo. Me concentré en el calor que sentía en el ambiente, imaginé como si un torrente de esa energía se canalizara a través de mí... El bosque empezó a sentirse frío, al menos eso pensé antes de frustrarme. No fui capaz, solo lo conseguían los 'élites' y yo no era uno.

El hombre se acababa de recuperar de la sorpresa. "¡Estamos perdidos!", pensé. Lloré. ¡Eso no podía terminar así!

Las navajas abiertas en todos aquellos cintos aún las sentía cerca, veía con la 'visión' la espalda del hombre, tenía solo una oportunidad. Me sentía más frío, ya que el simple hecho de ver con la mente estaba consumiendo el calor de mi cuerpo, no lo controlaba, era demasiado inexperto.

El hombre levantó las manos de nuevo y la escarcha empezó a extenderse por el bosque mientras, sin duda, absorbía el calor del ambiente

preparando su ataque definitivo.

Las navajas eran como extremidades de mi cuerpo, solo tenía una oportunidad para dirigir las hacia mi objetivo, aunque ello me costara la vida. Lo hice.

Con los brazos abiertos en cruz, los cerré hacia el hombre y esas puntas de metal afiladas, junto a sus mangos respondieron a mi llamada. Noté como me abandonaba la vida. Los labios se me cortaron por el frío y mis extremidades adquirieron el color que tiene la carne congelada.

Las navajas de los cuatro hombres abatidos volaron hacia el 'dotado'.

Sobresaltado, este paró el movimiento de ataque que iba a realizar y volteó las muñecas con precisión. De la nada aparecieron pequeños muros de tierra endurecida que se tragaron cada uno de los cuatro objetos lanzados hacia su cuerpo.

Pensó que había ganado y volvió a sonreír, igual que hice yo antes de caer en una semi-inconsciencia: no vio la quinta navaja dorada y con mango de marfil que se dirigió directa al hueco de entre sus ojos, incrustándose en él hasta hundirse por completo. Murió en el acto.

El resto de nuestros perseguidores no representaban un problema. Mi padre lo sabía, así como supo que representaban un peligro. Ese sería el grupo designado para atraparnos, por lo que tardarían un tiempo en asignar a otros y darse cuenta de que habían fallado, además no éramos los únicos fugitivos y la "Ciudadela" escaseaba de personal externo. Aquellos hombres no podían salir de allí con vida, me comentó mi padre. Yo inconsciente en el suelo no supe mucho más que la 'navaja' de mi padre, ya en sus manos de nuevo, terminó el trabajo.

Estuve al borde de la muerte. Mi madre habría podido calentarme, pero no estaba allí. Corrientes cálidas de aire bajaron de las alturas, envolviendo mi cuerpo durante horas. Claudio me acercó a la hoguera que aún permanecía activa y la alimentó hasta que mi cuerpo recuperó el calor. Corrí peligro de que algún miembro se me gangrenara, estoy seguro, aunque mi padre nunca quiso admitirlo.

Desperté horas más tarde, en el mismo lugar. Mi padre había cavado una tumba no muy profunda donde descansaba el cuerpo de mi madre. Contenía las lágrimas, imagino que si dejaba que una sola saliera, no podría contener el resto. No pudimos entretenernos, ya habíamos arriesgado demasiado. Nos fuimos dejando el resto de cadáveres escondidos tras unos arbustos.

Días más tarde, en un pequeño pueblo en el que paramos en un bar, escuchamos que una escaladora había descubierto los cuerpos. La joven

apenas pudo decir palabras a los medios de comunicación, su ansiedad era demasiado grande. El cuerpo de mi madre también fue descubierto, nunca supieron que ocurrió allí. Nos alejamos todo lo que pudimos con un jeep rojo que robamos de una gasolinera próxima.

Han pasado quince años de aquello y aún vivo con miedo. Mi padre murió el año pasado de un infarto al corazón. No había vuelto a ser el mismo desde lo de mi madre. Lo enterré con mis manos en un lugar cercano a la casa donde vivo. Se trata de una cabaña alejada de la civilización, en medio de la montaña, a cientos de kilómetros de nuestro punto de huida. Existe una pequeña aldea cercana, bastante incomunicada del exterior. Ahora me considero, día tras día, un poco más a salvo.

Cada mañana me afeito con la navaja que nos salvó. No permito que pierda su filo. Cazo animales en la montaña usando mis nuevas habilidades, que cada día controlo mejor. He aprendido a extraer el calor del ambiente como hacen los 'élites', eso me permite sentirme un poco más seguro, soy fuerte.

Echo de menos a toda mi familia.

Hace una semana conocí una chica que vive en la pequeña aldea donde, de vez en cuando, compro algunos suministros. Ella me dijo que tengo la misma fama que el abuelo de la serie de dibujos de 'Heidi' y eso me hizo gracia. Mi sonrisa estaba desentrenada, pero fue auténtica, como la suya. Desde entonces intento coincidir con ella. Nuestras charlas irrelevantes son cada vez más habituales. Creo que me gusta y ya va siendo hora de poder hablar con alguien sin miedo. Necesito que esto quede por escrito, ya que es la última vez que voy a pensar de donde vengo, ahora soy un humano más y pienso vivir la vida que merezco."

El hombre de la casaca negra, corpulento y con una cicatriz enorme dejó de leer el deshilachado cuaderno manchado de sangre, miró los cuerpos sin vida de los dos jóvenes, uno encima del otro, en posturas imposibles e hizo una mueca grotesca.

Jugueteó con una navaja muy afilada entre sus manos. Tenía el mango de marfil blanco y negro.

El libro cayó sobre el suelo.

Belluz, el comandante-jefe de las potestades, el jefe de todos los 'élites' se rio como si le hubieran contado un chiste muy bueno. Apretó sus puños y de sus brazos empezaron a surgir llamas que lamieron toda la estructura de la cabaña. Los cristales que había en el suelo del dormitorio chirriaron bajo sus pasos..

El bosque continuó en silencio horas después, cuando no quedaban más que cenizas de aquella cabaña y el jeep rojo se había marchado con un nuevo dueño al volante.